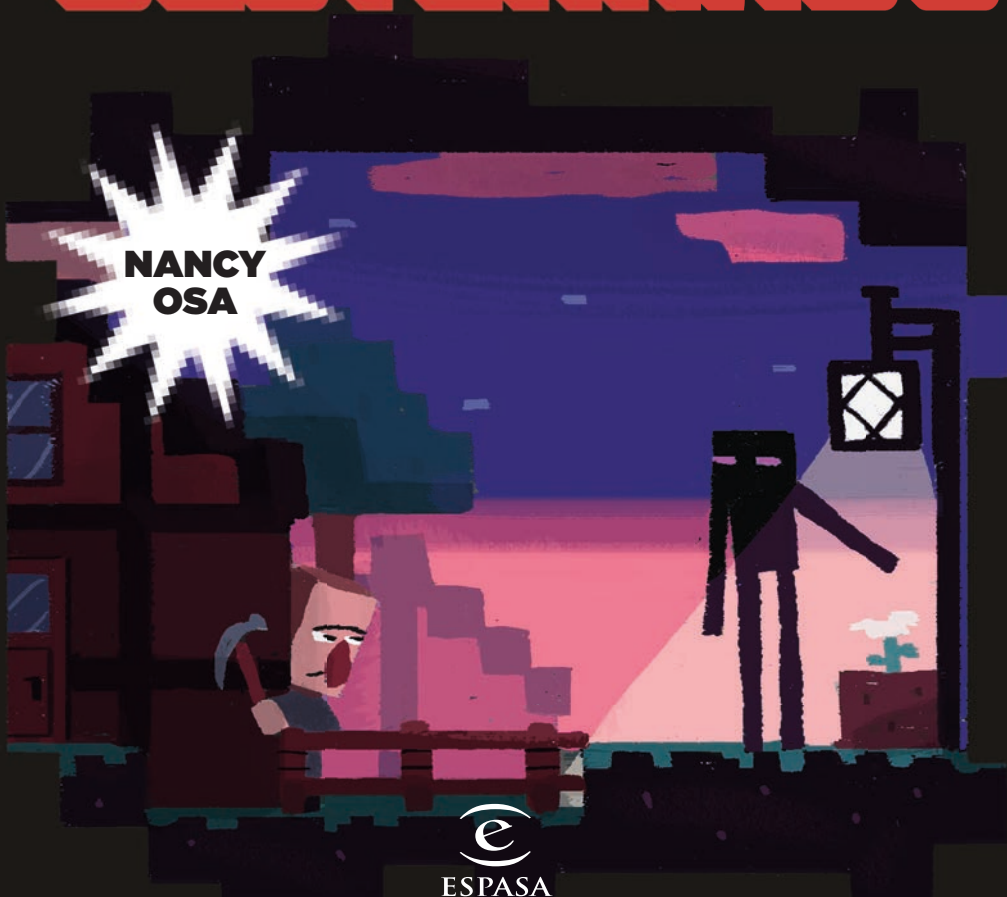


**UNA INCREÍBLE AVENTURA PARA
MINECRAFTERS**

DEFENSORES DEL OVERWORLD #2

EJÉRCITO DESTERRADO

**NANCY
OSA**




ESPASA

**UNA INCREÍBLE AVENTURA PARA
MINECRAFTERS**

**EJÉRCITO
DESTERRADO**

**LOS DEFENSORES
DEL OVERWORLD
2**

NANCY OSA


ESPASA

© Espasa Libros, S. L., sociedad unipersonal, 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

© de la edición original: Hollan Publishing, 2015
Título original: *Battalion Banished*

Primera edición: octubre de 2015
ISBN: 978-84-670-4584-0
Depósito legal: B. 20.815-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – *Printed in Spain*

Este libro no está autorizado ni promocionado por Mojang AB, Notch Development AB o Scholastic Inc, ni por ninguna otra persona o entidad propietaria de los derechos del nombre, de la marca o del copyright Minecraft.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

«**Q**ué extraño resulta caminar al aire libre, donde cualquier griefer, hechicero o criatura hostil puede atacarte en cualquier momento», pensó Frida.

La experimentada superviviente había perdido su tendencia natural a esconderse, aunque siempre se mantenía en guardia. No obstante, tenía que parecer despreocupada y adoptar su nueva identidad: la de subalterna de Lady Craven y los criminales que estaban aterrorizando al Overworld.

De alguna forma, los griefers humanos habían obtenido la magia para resistir una herida normal y para hechizar a las peligrosas criaturas hostiles para que obedecieran sus órdenes. Aunque el comandante de Frida, el capitán Rob, había ordenado matar al poderoso doctor Dirt, su segunda, Lady Craven, había absorbido el poder de Dirt y se había vuelto aún más poderosa. La hechicera seguía destruyendo los biomas uno a uno usando a sus legiones de muertos vivientes para amenazar a los ciudadanos inocentes. «Pero no será así si yo puedo evitarlo», pensó Frida con seriedad.

Caminó enérgicamente por el límite fronterizo, inten-

tando parecer cómoda en la piel gris que le habían prestado y que enmascaraba su usual verde oliva. Había reemplazado la ropa de camuflaje de siempre por un conjunto rojo y blanco deportivo y llevaba el pelo negro recogido con una cinta de deporte. «No me pega nada...», dijo para sí, con una leve sonrisa. Pero el disfraz le ayudaría a infiltrarse en el campamento de los griers y, con un poco de suerte, encontrar el modo de ayudar a su ejército a derrotar a las tropas de esqueletos y zombis.

Mientras andaba, ensayaba el discurso que había preparado para convencer al oficial de Lady Craven de que la dejara unirse a ellos:

—Soy Drift, de la Isla Champiñón, la base griefer número 6. Perdimos nuestra base en el último *tsunami*. He oído cuál es vuestra causa y me gustaría unirme a ella.

Frida sabía que iba a tener que pasar una prueba para ganarse su confianza. El sustituto del líder de su ejército, Jools, le había proporcionado TNT y un detonador para poner una trampa en el campo enemigo; los explosivos podían ser una muy buena arma contra los griers. Solo debía encontrar el momento justo para usarlos, preferiblemente no contra civiles.

Frida suspiró. Liberar a los ciudadanos y a los guardias de la frontera no era su objetivo. Había nacido como una superviviente, había sido entrenada por una mujer experta para valerse por sí misma en la selva. Su objetivo era simplemente vivir una buena vida, sin que las fuerzas oscuras del mundo la molestaran.

En tiempos mejores era lo que hacía. Sin embargo, ahora que las criaturas hostiles habían sido congregadas y unificadas por los hechiceros empeñados en conquistar las tierras libres, esa vida se había acabado... a menos

que Frida y sus compatriotas pudieran evitar o ganar una guerra sin cuartel. «Mejor estar en el bando ofensivo que en el defensivo», pensó, orgullosa de haber emprendido una misión en solitario para cambiar las cosas. A lo mejor podría llevar al Batallón Cero a la victoria esta vez. Pero primero tenía que enfrentarse a sus oponentes, presentándose deliberadamente como un posible blanco.

—Hoy me podría llamar Blanca —murmuró.

El hecho de prácticamente estar pidiendo que la atacaran le recordó la primera vez que montó a caballo. Ella y sus colegas de la unidad de caballería de Rob habían descubierto que domar y montar bestias salvajes era más fácil de decir que de lograr, pero era algo que Frida siempre había querido hacer. La habilidad como jinete puede ser realmente beneficiosa para una joven que debe buscarse la vida sola en el Overworld. Los caballos son rápidos, pueden saltar alto y, debía admitirlo, eran una buena compañía. Nunca antes había necesitado la compañía de nadie pero, tras montar con el batallón, se había acostumbrado a estar con gente.

Aunque la soledad que sentía ahora le resultaba extraña, disfrutaba del sentimiento de libertad que le producía sobrevivir sola. Entre la frondosa hierba del valle, Frida vio a un pollo; sacó su espada de acero, lo atravesó con ella y se lo comió. Esperó un momento para ver si la carne fresca le sentaba mal, pero no fue así. Los riesgos nunca le asustaban cuando la probabilidad de triunfar era mayor o igual que la de sufrir dolor. «Aunque este riesgo tan grande... podría merecer la pena», decidió.

Repitió en voz alta lo que la cabo Kim había dicho una vez: «El único Overworld admisible es un Overworld libre». Frida tendría que dejar esa idea en la frontera, aun-

que seguiría con ella en la distancia. Allí, los subordinados de Lady Craven la estarían esperando.

«Soy Drift...», se dijo de nuevo, como si intentara convencerse a sí misma.

Poco después, se acercó a la frontera, donde las grandes praderas terminaban en laderas rocosas. De pronto tuvo la evidencia del porcentaje de esqueletos que habitaba allí: el ciento por ciento. Sacó el arco y colocó una flecha en la goma trasera de sus pantalones. Así no parecería tan agresiva pero estaría preparada para defenderse.

El suspense no duró demasiado.

¡Zip! ¡Zip! ¡Zip! ¡Zip!

Una flecha aterrizó a sus pies y, justo después, tres más se clavaron en el suelo formando un círculo a su alrededor. Volaron desde la oscuridad de un matorral de píceas que tenía justo enfrente.

—¿Es que siempre tengo que tener razón? —murmuró.

—¡Identifcate, viajante! —exclamó una voz nasal que Frida conocía perfectamente.

Su dueño también la conocía a ella pero no la reconoció, así que posiblemente la estratagema ya estaba en marcha. La verdad es que el disfraz de Frida era perfecto.

—Me llamo Drift —anunció a la criatura escondida entre los árboles, tal como había ensayado—, tengo asuntos que tratar con la líder de los griefer, Lady Craven.

—Y ¿ella tiene asuntos que tratar contigo? ¡Lo dudo! —exclamó la voz de los matorrales con una risa burlona.

Frida, cansada de hablar con el griefer cobarde, Pier-nas, que siempre se escondía tras el guardaespaldas más próximo, dijo:

—Entonces sal para que podamos vernos y te lo demostraré.

—¡Demuéstraselo a esto! —añadió la estirada voz.

Un creeper que parecía enfadado salió del matorral y cruzó la distancia que los separaba. Frida no quería desperdiciar tres flechas con aquella criatura, así que se quedó donde estaba. El creeper, con su cara verde a manchas y sus cuencas negras y vacías, no la asustaba.

Antes de que pudiera estar dentro del alcance de la detonación, Frida cambió su arco por pedernal y acero del inventario y... ¡bum! Lo mejor para evitar la explosión de un creeper era prenderle fuego primero.

—¿Eso es lo mejor que podéis hacerlo? —preguntó Frida.

De detrás de la sombra de las píceas salió un griefer pequeño con una nariz larga y tres piernas esqueléticas.

—Veo que conoces nuestro saludo secreto —dijo Piernas—. Deberías cruzar la frontera.

¡Qué suerte! Volar a un creeper por los aires era la forma de decir «hola» que tenía aquella gente. Con solo elegir el arma adecuada, Frida había obtenido una información muy valiosa. Avanzó, pasando sobre la mancha que había dejado la criatura al explotar. Era lo único que podía hacer para no desenvainar la espada ante Piernas, la escoria que había amenazado a sus amigos y a los aldeanos inocentes tantas veces en el pasado. Pero, ahora, un poco de autocontrol le daría acceso a muchos más secuaces de Lady Craven.

De repente, unos cuantos zombis bebés la rodearon y le cogieron de la ropa envolviéndola con su hedor. Frida apretó los puños mientras los pequeños monstruos la alcanzaban y la inmovilizaban. «No es el tipo de autocontrol que tenía en mente», pensó.

La captura era una parte imprescindible del plan de Frida, así que le siguió la corriente a Piernas.

—¡Por favor, suéltame! Soy una griefer, como tú. El último *tsunami* destruyó nuestra base en la isla y dispersó a nuestra gente.

—Podría ser... —dijo Piernas—. Pero ¿por qué tenemos que aceptarte?

Frida forcejeó un poco con los apestosos zombis bebés pero dejó que se agarraran a ella.

—He oído hablar de vuestra causa. Odio a todos esos aldeanos que se pasean libres como si dominaran el mundo. Quiero unirme a vosotros y acabar con ellos de una vez por todas.

Piernas la estudió detenidamente e hizo un gesto con la mano a los zombis para que la soltaran.

—Por aquí —dijo, y la guio hacia la penumbra de las píceas.

Antes de que sus ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad, pudo oír el sonido característico de los esqueletos jugueteando con las cuerdas de sus arcos. Intentó no parecer asustada. Cualquier señal de debilidad por su parte podría hacer que se abalanzaran sobre ella como una jauría de perros zombis.

—De acuerdo —empezó a decir Piernas—. Te escuchamos, desconocida. Luego decidiremos si vives o mueres —añadió mientras lanzaba una cuerda de araña a otro humano, cuya cara se arrugó como una pasa, y le hizo señas para que atara a Frida—. ¡Bien apretado, Dingo! Así no podrá llegar a su inventario. —El secuaz ató las muñecas de Frida y luego le inmovilizó los tobillos. Justo detrás de ella, los esqueletos movían sus huesos, esperando órdenes.

Frida respiró hondo y se metió de lleno en su papel.

—La base número 6 de Isla Champiñón cumplió perfectamente los objetivos griefer tras atacar las aldeas. Te-

níamos un botín enorme después de quemar los pueblos y llevarnos en barco todo lo valioso.

—Y ¿qué pasó entonces? —preguntó Piernas.

—Que no era suficiente. Los aldeanos lo reconstruyeron todo y tuvimos que volverlos a atacar. Queríamos que los griefers controlaran todas las riquezas del Overworld.

Dingo gruñó.

Piernas se acarició la barbilla.

—Esa parece ser una tarea sin fin. Pero Lady Craven tiene un nuevo sistema.

—Estoy segura de que podríais necesitar una mano —dijo Frida—. Así que aquí estoy, preparada para ayudar a traer los biomas de los campesinos de nuevo. Las personas con más poder deberían controlarlos.

Piernas recompensó su solidaridad y la soltó.

—Necesitamos a alguien como tú para supervisar a los zombis en el límite oeste. Estás en período de prueba, Drift. Cumple tu primer encargo y puede que te ascendamos.

Le entregó un medallón que la identificaba como uno de ellos, un colgante de oro con las iniciales LC, que ella se colgó al cuello.

El trabajo consistía en conducir a los adultos hechizados y a los zombis bebés cuando anocheciera a la frontera, donde atacarían a los turistas desprevenidos, y luego, por la mañana, los llevarían a una caverna más allá de las píceas. Parecía bastante fácil, pero organizar a los zombis era como dirigir a un grupo de gatos. Piernas ordenó a Dingo que pusiera a Frida al corriente de todo y supervisara su trabajo hasta que cogiera soltura.

Unos días después, la dejaron trabajando y fueron a saquear una aldea al otro lado de la colina, donde Lady Craven los esperaba.

—¡No intentes nada raro! Hay alguien vigilándote. Haz bien tu trabajo, Drift, y te guardaremos algo del botín —gritó Piernas por encima de su hombro.

Esa era la oportunidad que Frida había estado esperando.

Aquella noche siguió a sus zombis hasta los límites fronterizos, donde había escondido la mayoría de su inventario antes de encontrarse con los griefer. El hechizo evitaba que las criaturas la consideraran una amenaza, por lo que no tuvo ningún problema en conducirlos hacia un barranco. Los guio hacia un desfiladero sin salida, les cortó el camino de regreso con una gran roca y los abandonó allí, donde nadie podía oír sus gemidos. Entonces recuperó sus suministros de repuesto y se dispuso a manipular cables y a colocar las cargas de TNT a la luz de la luna.

Cuando hubo terminado, se dirigió al punto de encuentro a esperar a que amaneciera para hacer señales a su batallón. Justo en ese momento, un griefer que llevaba una gorra y que no conocía bordeó el acantilado con su medallón oscilando como un péndulo. Viendo que se acercaba al lugar donde había escondido a los zombis, salió a su encuentro, esperando que no oyera los quejidos intermitentes.

—¡Ey! —saludó—. ¿Qué tal?

—Me envía Piernas —anunció el griefer de brazos largos, cuyos nudillos casi tocaban el suelo—. Se supone que tengo que esconderme para vigilarte sin que me veas —dijo al tiempo que se percataba de su error—. ¡Maldición! ¡Sabía que algo estaba haciendo mal!

—Aquí no hay nada que ver —dijo Frida en tono suave; pero de pronto se volvió y desenvainó su espada—. ¡Excepto esto! —Giró sobre sí misma y lo rebanó con un

corte limpio, justo por la mitad. Sus grandes ojos rodaron por el suelo—. Ve a echar un vistazo a otra parte —gruñó Frida, y se encaminó colina arriba.

Una vez llegó a las coordenadas acordadas, no pudo esperar para quitarse el disfraz y la piel falsa. Mientras se cambiaba, un grupo de zombis apareció cerca de ella.

—Uuuuh, ooooh... —gemían como un coro descoordinado.

Caminaban torpemente en círculos, ignorándola. Pero cuando se quitó el medallón que Piernas le había entregado, fueron a por ella de inmediato. Frida volvió a colocarse el medallón y se detuvieron. Se lo volvió a quitar y se dirigieron hacia ella una vez más.

—¡Eso es! —exclamó mientras se recolocaba la cadena alrededor del cuello. Parecía actuar como repelente, lo que podría darle un poco de vida a su pobre inventario. «¡Estupendo!» Aquello era mejor que una poción de salpicadura.

Frida se sintió lo suficientemente segura como para echar una cabezadita junto a un árbol.

El sol empezó a salir, y no tenía más que hacer que aguardar el momento en el que los rayos iluminaran la cima de la montaña opuesta y el suelo a sus pies. Frida era capaz de quedarse quieta durante horas. Aprovechó el tiempo para considerar algunas ideas. Una de ellas era encontrar la mejor forma de llegar a su reunión familiar. Las últimas veces había estado muriendo y reviviendo en lugares inapropiados. Hacía mucho que no veía a sus parientes. Podría incluso reclutarlos para que los ayudaran a salvar el Overworld. Si pudiera convencer a Rob de que mandara a un sustituto para cubrir su puesto solo un momento, podría conseguirlo.

Rob... Roberto, el capitán del Batallón Cero, fue su otro objeto de pensamiento. Rob era un simple vaquero antes de llegar al Overworld y verse obligado a reunir un ejército de caballería. Él y Frida se conocieron cuando, literalmente, él cayó en su mundo desde el cielo. Ella lo ayudó a sobrevivir los primeros días, cuando se mostraba torpe y muy poco preparado para poder lidiar con las criaturas hostiles y las disputas fronterizas. Pero, de alguna forma, las cosas cambiaron y Frida vio cómo aquel naufrago había usado sus habilidades para capitanear a todo un ejército y se había transformado en un verdadero líder.

Había algo realmente atractivo en ese cambio. Ella no era la única que se había dado cuenta. Frida sabía que Rob sentía algo por Stormie y Kim, las otras mujeres del grupo. Afortunada y desafortunadamente, el honesto capitán sabía que era mejor no tener una aventura con ningún miembro de su ejército. Así que se centró en defender los límites del Overworld de tiranos y criaturas hostiles.

Cuando el sol iluminó el suelo fuera de la línea de los árboles, Frida se dio cuenta de que había estado enfrascada en sus pensamientos durante mucho tiempo.

Se arrodilló y rebuscó en su inventario un trozo de cristal. Lo utilizó para atrapar la luz del sol y reflejarla por la colina, proyectando el código que Jools le había enseñado. El código mostraba el lugar donde se encontraba Frida y hacía saber a su ejército que estaba a salvo.

Frida solo podía esperar que sus amigos hubiesen leído el mensaje. Entonces, una vez más, se agachó a esperar que llegara la oscuridad.

Con el crepúsculo llegó el sonido de voces humanas por el oeste. Frida se hizo un ovillo y entrecerró los ojos. Podía oír gritos de júbilo pero no veía a nadie aproximándose. Se puso tensa, el plan estaba desarrollándose justo como Jools había dispuesto. Los aldeanos se habían alistado como un ejército de tierra y anunciaban su presencia para despertar el interés de los grierfers y enviar a las criaturas directas a la trampa. Era el momento ideal para escapar.

Un coro de gemidos llenó el ambiente al tiempo que los grierfers avanzaban hacia los aldeanos. Sus gritos resonaban por los desfiladeros del acantilado.

Para su consuelo, Frida divisó a su viejo amigo, y a veces adversario, Turner, a lomos de su caballo *Duff*, trotando hacia ella. Llevaba con él a su poni negra, *Ocelot*. ¡Cómo se alegraba de haber aprendido a montar!

Gritó a Turner para que se acercara y este le alcanzó las riendas.

—Tengo tu armadura, Frida, pero será mejor que primero salgamos de aquí —propuso el sargento. Turner era mercenario de profesión y soldado por necesidad. Cualquiera que quisiera ser libre en el Overworld debía contribuir a la guerra en contra de Lady Craven.

Frida saltó del suelo a la silla de *Ocelot* como si lo hubiera hecho toda su vida. Siguió a Turner y a *Duff* galopando como el viento para reincorporarse a su ejército. Nunca se había sentido tan feliz de dejar de estar sola.